



FOTO SANTIAGO

Para Goytisolo los poetas son «las prostitutas de la historia»

José Agustín Goytisolo: «Con buenos sentimientos no se hace nunca buena poesía»

Pedro Pablo ALONSO

«Soy tremendamente vanidoso, y lo que me gustaría es que dentro de cien o de trescientos años hubiera una muchacha que leyese mis pensamientos y entendiera lo que digo, y se pusiera a llorar o a reír, o que se imaginara un tipo esplendoroso, como no he sido nunca». José Agustín Goytisolo quizá llegue a conseguir este objetivo si las leves páginas en que va dejando el testimonio de su vida sobreviven a las hecatombes que nos auguran cada día, pero por el momento puede sentirse feliz con la respuesta de la gente de su siglo, porque el poeta consiguió, en la tarde de ayer, llenar «hasta los topes», como dice el tópico, el salón del Museo de Bellas Artes, donde recitó sus poemas.

Con esos «ojos seductores de poeta fatal», como él los calificó en alguna ocasión, logró, una vez más, atraer y conmover a un auditorio esencialmente joven, que le conoce a través de unos textos en los que se refleja una parte clave de la poesía española de nuestro tiempo.

El oficio y el artificio

Goytisolo entró muy joven, casi a los diez años, en un mundo, el de la literatura, que le ha acompañado, casi perseguido, durante décadas. Hay en esos comienzos una persona clave, su madre, que dejó al morir —cuando sólo contaba 18 años, durante un bombardeo en la Barcelona de la guerra civil— un legado bibliográfico que condicionó totalmente el futuro de José Agustín y de sus dos hermanos. Junto a aquellos tomos que reflejan la mejor literatura de la generación del 27 y de los clásicos, fue creciendo un universo poético primario que Goytisolo recuerda hoy sin la menor piedad crítica. «Podíamos leer la mejor poesía —dice— y comenzamos a escribir, los tres, pésimos poemas, que rompimos en su totalidad; porque además de que nos criticábamos entre nosotros, los puntos posibles de comparación eran Alberti o Lorca...» Esta tarea continuó durante décadas, hasta que consiguieron publicar sus primeros escritos, y vinieron los éxitos. Goytisolo insiste en precisar que detrás de lo que algunos pueden considerar como triunfo o reconocimiento público hay «quince o veinte años en que escribimos sin cesar y fuimos destruyendo lo que hacíamos».

La ausencia de la madre creó también una atmósfera familiar muy concreta, ya que el padre sufrió una depresión «tan espantosa que no podía soportar el nombre de Julia, o ni siquiera las palabras madre o mamá».

Sólo con el paso del tiempo, y con el nacimiento de su hija, se pudo borrar en parte esta tremenda huella. «Cuando me casé y estaba a punto de nacer

mi hija —dice Goytisolo— nos reunimos toda la familia en el jardín, y mi tío Leopoldo preguntó que qué nombre le pondríamos al niño cuando naciese. Alguien dijo que José María, como al abuelo, pero ante la posibilidad de que fuese una niña, mi padre afirmó: Julia, como «su» madre. Su madre se llama Asunción, precisé, y él me respondió: tú ya me entiendes. Desde ese día se pudo volver a hablar de mi madre. Era el año 57».

En todo este período José Agustín Goytisolo fue elaborando su mundo de oficio y artificio. El poeta asegura que no le interesa racionalizar el porqué de su poesía, porque en su opinión el individuo no elige de forma consciente una tarea de este tipo. «Cuando uno escribe ya ha hecho elección, y tampoco elige el género».

Cuando me di cuenta ya estaba escribiendo poesía, y, por ejemplo, siendo niño me dedicaba a añadir versos a composiciones como la que empieza «... Ángel de la guarda, dulce compañía...» Al final yo ponía «... venería el bolo, se me comería». Quizá esta cita sirva para explicar la constante preocupación de Goytisolo por el lenguaje, su convicción de que la poesía es un oficio y un artificio, y que requiere siempre las dos cosas.

El autor no cree que sea poeta aquel que se conmueve con lo que le rodea, sino el que consigue conmover a los demás, y para lograrlo confía no sólo en su propia sensibilidad, sino en el dominio pleno de los recursos que emplea, en el conocimiento profundo del lenguaje y de las formas de expresión. «Sólo puedes romper lo que conoces —afirma—. Para hacer poesía nueva hay que dominar la vieja. Lo que se conoce como verso libre parece muy fácil, pero tiene unas normas mucho más complejas. Los griegos no escribían con rima, eso sólo llegó con el paso de los siglos, y con las necesidades de los juglares, de los recitadores públicos. Desde el principio hay un oficio, que es el de escribir, y un artificio, el de hacer sentir a los demás».

Las prostitutas de la historia

La referencia al pasado es casi inevitable en la conversación con Goytisolo. Conocedor profundo de los textos más antiguos, y especialmente del Viejo Testamento y del Evangelio de San Marcos, o de la poesía amorosa de Roma, Grecia y Egipto, ha llevado a su obra más reciente la esencia de un trabajo poético que se prolonga a través de la historia. En «Final de un adiós», el libro que próximamente publicará, con un prólogo de Emilio Lledó, titulado «El territorio de la poesía», se incluye una elegía en 34 cantos que está directamente relacionada con la con que conformó su primera obra

«El retorno» —1955—, y que de hecho supone el cierre de aquélla.

Y Goytisolo se siente también unido con los que le precedieron en la tarea creadora cuando asegura que los poetas son «las prostitutas de la historia, porque como ellas o cobran por su trabajo, o lo hacen por amor». Sin embargo, añade que la poesía es también «un lujo esplendoroso, que te permite insultar o reírte de un tirano —aunque luego te meta en la cárcel— porque sabes que 400 años después todavía se acordarán de aquellos cuatro versos».

A veces, gran amor

Esa preocupación por el futuro surge también en varias ocasiones durante la conversación. Goytisolo asegura que jamás hace poesía de circunstancias, y que le gustaría que sus obras pudiesen ser publicadas cien años después de su muerte. Tal vez por ese anhelo, en una parte de su producción surge con fuerza un tema eterno, el del amor, con algunos de los poemas más hermosos y conmovedores de las últimas décadas, basados en una visión de las relaciones humanas que le llevan a afirmar que «el amor con buenos sentimientos es un fracaso». Y esta huida de la bondad la traslada también a su quehacer diario, porque mantiene que «con buenos sentimientos no se hace nunca buena poesía. El amor está lleno de tretas, hay que engañar siempre, y por eso me gustan más las mujeres que los hombres, porque ellas mienten, pero los hombres traicionan».

Esta visión de una parte clave de la vida del hombre la realizaba Goytisolo desde el punto de vista de un animal urbano, que habla del «puto campo» y piensa que los territorios que están más allá de la ciudad sólo sirven para ir a cazar. No se trata de teoría, porque en una de sus manos todavía escuecen las huellas de varios perdigones que se escaparon por imprudencia de una escopeta.

Como en el caso de otros escritores españoles resulta difícil imaginar cazando a Goytisolo, sobre todo cuando se confiesa un hombre en el que no tiene cabida la venganza, y que llega a declarar que el día en que murió «el general» se dio cuenta de que no le odiaba, a pesar de que «había deshecho mi familia, de que deshizo mi vida. Lo único que me dolió fue el haber sido manipulado por un hombre ridículo».

Tampoco se deja arrastrar por la nostalgia, a la que rechaza sobre todo en su faceta ridícula, y por ello sostiene que «nunca dejaré ni una carta, ni siquiera un telefonazo de amor», aunque matiza que sigue amando «mucho más que el primer día», pero teniendo siempre presente que «a veces sólo a veces gran amor».